

**L**as **F**lores que se

**A**rrancan se

**M**architan




Alvaro Castillo

ALVARO CASTILLO

(extracto: primer capítulo)

LAS FLORES QUE SE  
ARRANCAN SE MARCHITAN

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

[sungailola@gmail.com](mailto:sungailola@gmail.com)

# INDICE

**Prólogo**

**UNO**

**ENLACES**

# **LAS FLORES QUE SE ARRANCAN SE MARCHITAN**

**(entrevisión de la Madre España tardofranquista, 1973)**

Si la Madre España cae

Digo, es un decir, si cae

**España, aparta de mí este cáliz**

César Vallejo, 1937

# PRÓLOGO

La suscinta fila de viajeros del vuelo 693, a Lisboa, gotea y se deslíe, poco a poco, sobre el hormigón a rayas del aeropuerto internacional de Ezeiza, en las afueras de Buenos Aires.

Despunta una mañana clara y fría, otoñal, un poco triste. El sol, al borde del horizonte, parece diminuto, estar lejísimos.

El último de los viajeros en salir del edificio terminal, de cemento expuesto y grandes ventanales, seré yo. Puertas adentro todavía, bajo la mirada entre impaciente, indiferente y comprensiva de un steward de uniforme y una azafata de tierra, beso a Marisa, una vez más, en la frente y las mejillas.

-¿Te acordarás de mí, Diego? –me pregunta Marisa-. ¿Me escribirás cada día? Quiero que me lo cuentes todo, Diego, hasta lo que no se debe –sonríe-. Me quedo muy sola, no te olvides. Muy, muy, muy, muy sola, corazón.

Se aprieta contra mí, rígidos los músculos, tenso y hacia atrás el largo cuello, refulgente la cabellera cobriza, muy abiertos los ojos y casi sin parpadear.

-Quiero que me lo prometas de verdad, Diego –me pide.

-Prometido y pactado, princesa –le digo-, siempre que vos me cuides a Isabel y me la trates bien.

-Ya me empiezo a sentir viuda, Diego, arrinconada en el olvido –Marisa me clava las uñas en el dorso de la mano, separada ahora un paso de mí-. ¿No es horrible? –se ríe sin ganas.

Freya van Calster, María la Segunda y su último marido, que nos han acompañado, fingen un hipnótico, un silencioso y como pasmado interés, no demasiado convincente, a decir verdad, por unas grandes fotos murales, a todo color, que publicitan a la silvestre y sofisticada, a la tan lejana como contradictoria Bariloche. En las fotos (son unas cuantas) hay un infinito lago inmóvil, de color plata, hay un denso y sombrío bosque de coníferas, surcos de esquí sobre nieve ondulada, bungalows que humean por la chimenea, una calle de noche con anuncios de neón, vehículos a cable que penden del aire y gente vaso en ristre que sonríe bajo techo, que flirtea, se acaricia, platica y se emborracha al calor de grandes leños encendidos. Melancólico final, me digo, para los adustos gigantes de los bosques.

-No te olvides de mí, Diego –dice, repite, insiste Marisa.

-Aunque quisiera, princesa, ¿cómo podría?

-Me voy a sentir muy mal, Diego –dice Marisa-. Ninguno de nuestros adioses, tantos que han sido, me ha resultado tan difícil, tan doloroso, tan desesperado. Tal vez no nos volvamos a ver, Diego. Me siento morir de sólo pensarlo.

-No lo pienses entonces –le digo-. Es una estupidez sin fundamento. ¿Cuándo vas a volver a Montevideo?

-¿Te preocupa Isabel? –el tono de voz de Marisa se hace más cortante- La trataré como a una diosa, Diego –me asegura-. La cuidaré, verás, la mimaré, la sacaré a pasear. Atenderé a todos sus gustos, caprichos y deseos; seré su esclava si es necesario. Nada le faltará, Diego. ¿Conformes?

Me toca en la cara, como a ciegas, se pone en puntas de pies y entrelaza a mi nuca sus finos dedos, hoy fríos. Con deliberada lentitud aproxima a mi cara sus ojos color violeta, su nariz rapaz y su boca entreabierta, el tibio aliento.

-Corazón –balbuce.

Me besa en los labios una vez, 2 veces, 3. A la siguiente me introduce la lengua, vibrante, entre los dientes. Se separa después, jadeando un poco, y se suelta de mí, se deja caer.

-Mejor que te vayas –dice.

El texto que viene a continuación lo escribí para Marisa, bajo forma de cartas, entre mediados de abril y finales de julio de 1973, fechas ya lo bastante lejanas como para impulsarme a creer que estas páginas, intrascendentes y sin pretensiones, hoy acaso se dejen leer como si se tratara de un relato de ficción, facturado bajo argucia como del género epistolar y adscrito su autor al minimalismo, a la tendencia menguante, a la escuela reductivista de Turín o al método de omphaloskepsis neoyorquino. Lectura, en suma, de ferrocarril y salas de embarque, del kiosko al cesto; subliteratura pura.

D.B.

diciembre, 1998

Madrid





# UNO

*El avión está casi vacío. En la clase barata habrá, a lo sumo, entre 12 y 15 pasajeros, y en la clase de lujo no hay nadie hasta hace muy poco: ahora estoy yo y estoy solo. Trataré de contarte cómo ha sido.*

*De Buenos Aires, no se sabe por qué, nos trasladan, por encima de los Andes, a Santiago de Chile, en donde nos demoramos cerca de una hora, sin que se nos autorice a salir del aparato y sin que se haya subido ni bajado, que se sepa, pasajero ninguno.*

*Hace unos minutos, por fin, hemos vuelto a despegar, ahora con destino a Asunción del Paraguay, donde nos espera otra escala de una hora, sin que se nos autorice, tampoco entonces, a salir del avión. El por qué de esta desatinada trigonometría a reacción es uno de esos misterios de la ciencia aeronáutica que nadie de a bordo, ni pasajero ni tripulante, ha sabido desvelar.*

*-Hacemos lo que nos mandan –se disculpa el comandante, mediante megafonía.*

*El viajecito, como comprenderás, promete ser largo, pero no aburrido –no para mí, por lo menos, y siempre que el destino, tan voluble, no se tuerza como suele.*

*Confiado mal que bien en mi buena estrella, Marisa de mi vida, y obediente y fiel a lo pactado y prometido, me he puesto sin perder tiempo, del aire arriba, a escribirte.*

*Al subir al avión, con las turbinas ya en marcha y un luminoso encendido, No smoking, al que acto seguido se le sumará otro, tan innecesario como el anterior hostil, Please fasten your seat belt, pienso y me digo, no bien acomodarme, que necesito con urgencia beber algo, un trago fuerte, para afrontar la magna travesía. Y sabedor de lo mucho y lo bien que me conocés ni trataré de engañarte, corazón; no podría aunque quisiera, como no podré olvidarte.*

*Sentado hacia la cola del avión, en la más olímpica de las soledades, sin ningún otro otario que me incordie en media milla a la redonda, por lo menos, me dedico a contemplar; con una tan acechante como cautelosa morosidad, el continuado ir y venir, profesional, sonriente y dúctil, de las azafatas.*

*Como ya calcularás, hay un par que me miran cada vez con una discernible picardía invitatriz, el húmedo airecillo receptivo. Es otra, sin embargo, la que más me llama y me despierta la atención. Es una jovencita campaneante y tersa, de pelo y ojos oscuros, boquita frutal y piel canela, terracota suave. Te diré, por más que te suene a ofensa e insulto personal,*

*que si ella me mira es porque estoy ahí, nada más; su rutinaria mirada solamente me registra, me suma como uno más a la cifra de viajeros.*

*Los cuentan, ya sabés.*

*Yo, por mi parte, la miro venir, la veo alejarse. Anda siempre muy de prisa, con una actitud airosa y resuelta, más o menos petulante, que me resulta un poco patética en mitad de aquel desierto de respaldos alineados que configura el campo, para mi desolador, donde ella pone en práctica su desafiante eficacia, de la que yo no dudo.*

*Ya la he visto pasar 2 o 3 veces en una dirección y otras tantas en la otra, tan formal, tan seriecita y segura de sí misma, tan linda además, por supuesto, cuando la veo venir una vez más, acercarse, y me decido y la llamo:*

*-Señorita.*

*Le hago señas con una mano.*

*-Senhor?*

*-¿Me puede traer un whisky, si es usted tan amable?*

*-¿Ya?*

*La muchacha parpadea y arquea una ceja, como si mi petición, como poco, le resultara inusual, condenatoria. Parece algo más que perpleja, allí de pie, en el pasillo, junto a mi línea de asientos; son 3, y yo estoy junto a la ventanilla, de modo que otros 2 asientos, vacíos, nos separan.*

*¿Será posible, me digo, que yo haya irritado ya, así, a la 1ª, a esta tersa jovencita? Su actitud, al menos, me lo da a entender; la muchacha golpetea un par de veces el respaldo de un asiento, con un dedo de punta nacarada, se encoge apenas de hombros y no esconde, al mirarme, una sombra de desdén. Me sonrío también, aunque sólo al impulso de la mecánica cortesía que dan las horas de vuelo. Me parece que esperara, de mi parte, una respuesta, disculpa o justificación de causas, pero yo me he quedado callado, sin dejar de mirarla, y sigo callado todavía 3 segundos y 5 después. Entonces la muchacha se recompone, se endereza, se ajusta sin que haga falta el cuello del uniforme, tirona de los puños y me dice:*

*-En seguida se lo traigo, senhor.*

*Tardará varios minutos, no obstante, en volver, y cuando al fin reaparece, desde el fondo del avión, viene trayendo, en las manos, una bandeja de plástico azul y, sobre la bandeja, el pertinente vaso, de plástico también, transparente, con 2 cubitos de hielo, más una botella pequeña de agua mineral o soda y una de esas ridículas botellitas de whisky para avión, con el emblema, en este caso, blanco y negro, de los 2 perritos.*

*Sin pronunciar ni palabra, la muchacha se inclina a disgusto, se le nota, entre las filas de asientos, estira un brazo y descuelga una mesita plegable, que viene sujeta al respaldo del asiento de adelante. Pone la bandeja en la mesita y, cuando va a destapar el agua mineral, la*

*soda, lo que sea, le digo que no se moleste, que no hace falta; ni el vaso tampoco ni el hielo. La muchacha se endereza, acentuado el desdén de su expresión.*

*-Lo que usted diga, señor.*

*Su voz es ácida.*

*Recoge de la bandeja la botella de soda y el vaso y se va. Yo me la pienso medio minuto, con los ojos cerrados, al tiempo que paladeo el primer sorbo de whisky, que me consume una buena mitad del escueto contenido de la botellita.*

*Veré pasar a mi hostil azafata alguna que otra vez, por el pasillo, con el mismo andar rápido de antes y el mismo aire, decidido y eficaz; y entonces ya no me ignora, ya ni me mira. Elude mirarme cada vez, y yo cada vez no sólo la miro, corazón, sino que me giro, doy vuelta y contorsiono para seguirle la nuca, la espalda, las ancas y piernas hasta que se me la tragan, aparato al fondo, unas antipáticas cortinillas verdosas, color bilis.*

*Me he terminado la botella de 2 tragos, pero todavía esperaré un buen rato para pedir reposición de líquido; y encima con ganas de fumar, cosa que me impide el admonitor letrerito iluminado, que se multiplica ad nauseam sobre los asientos.*

*No sé, nena mía, si te has percatado de lo que tarda el avión en despegar. No sé siquiera, no puedo saberlo, si en realidad te habrás quedado hasta que el avión despegue. Te aclaro, por las dudas, que el despegue se demora y la demora se alarga, se prolonga y eterniza. Pasará más de una hora, desde que subo al avión por la escalerilla en popa, con tus lágrimas aún en la solapa y el perfume de tu piel y el aliento de tus besos en mis dedos y mis labios todavía, hasta que el avión despegue. Todo el rato me lo paso con el tajo irrestañable de tu ausencia, corazón; y sin fumar y sin alborotar por la demora, como hacen otros, y sin beber y sin hacer preguntas.*

*Resignado, saco del bolsillo del gabán que me compraste una del montón de novelitas de Maigret que me obsequiaste y de paso aprovecho para palpar, una vez más, con mis toscos dedos falaces de albañil que nunca he sido, esa tersura inimitable y única que tiene el dólar – los dólares que vos me diste con tu llanto, tu fragancia y con tus besos, corazón.*

*Me leo unos capítulos de la novela de Maigret, que ya he leído, lo que no me impide disfrutarla igual, como la visita de alguna agradable tía vieja, entre conatos ahogados de bostezo y una especie de ternura misteriosa, producto de la nostalgia, supongo, de los recuerdos de infancia.*

*Así que, mientras Maigret se enfurruña y fuma en pipa, una azafata y un steward nos detallan, con el mudo lenguaje de la mímica, lo que uno tiene que hacer para encontrar y ponerse el salvavidas de emergencia y para usar la máscara de oxígeno. La breve demostración es ya, de por sí, lo bastante explícita, macabra y agorera como para que encima nos la reciten*

*trilingüe por los altavoces, primero en portugués, luego en inglés y por último en un grácil y preciso español en el que reconozco la voz de terracota, grabada sin duda, de mi remota y desdénosa azafata; muy pronto me enteraré de que responde por Ayné, de modo que, si no te importa, pasaré a llamarla así a partir de ahora; un lindo nombre, ¿no te parece?*

*Superado el mal trago de aquella demostración, en pro de un salvataje más bien harto improbable, transcurridos unos cansinos y aletargados minutos bajo el sonido compacto y monótono de las turbinas en marcha, la veo que pasa, Ayné, y espero que vuelva, de frente a mí, para llamarla por segunda vez:*

*-Señorita.*

*-Senhor?*

*Su tono está justo al borde de caer en la aspereza, y sus ojos persisten en evitar los míos. Le enseño, entre 2 dedos, la botellita vacía, al tiempo que recurro, para ver de poder romper el hielo, aunque sin gran optimismo, te diré, en cuanto a los resultados, a la más ecléctica y mundana sonrisa del variado repertorio. Lo único que consigo es que la muchacha levante una ceja, contrariada.*

*-Otro whisky, senhor?*

*-Hagamos que sean 3, si no le importa, señorita. Así no la molesto por un rato.*

*-No me molesta, senhor, es mi trabajo –dice la muchacha-. Por lo demás, hay otras 4 azafatas a bordo. No tiene por qué llamarme siempre a mí.*

*-La llamo a usted porque me gusta mirarla, señorita.*

*Con una fría sonrisa envarada, Ayné se gira, se aparta. Antes que se me aleje, si es su intención hacerlo, la toco en un brazo, lo que la obliga a volverse y mirarme. Un bosquejo de arrebol le sube a las mejillas, aunque no es por pudor o vergüenza sino de pura rabia contenida, nada más.*

*-Enfádese si quiere, señorita –le digo-. Sin duda está en su derecho; pero antes subamos el pedido a media docena, así ya no la vuelvo a fastidiar, se lo prometo, hasta que estemos sobrevolando el Atlántico.*

*-En São Paulo –me contesta- se releva la tripulación.*

*Advierto en su voz un matiz vengativo, jubiloso, que me deja callado, entristecido casi. Un idilio imposible tronchado de raíz, me digo; no hay justicia.*

*Ayné me mira ahora a los ojos. Me mira, además, con una especie de naciente, de vacilante curiosidad, y acaso, también, con una pizca de lástima. Sacude la cabeza, como desencantada y a la vez arrepentida, disculpándose, y me pide, por favor, con una voz muy tenue, tosecitas, si le alcanzo la bandeja, senhor. Me da la impresión de que no se atreve a recogerla con sus manos, o que, por lo menos, la idea no le agrada. Para hacerlo, es claro, se tendría que inclinar entre los asientos, estirarse hacia mí, y es bien probable que se piense y crea, con*

*esa retorcida lógica que distingue a las hembras de la especie, que soy muy capaz de tratar de besarla, manosearla, actuar como suelen, en ocasión semejante, los machos de la ídem, el sexo idiota. De modo que no, criatura, me digo, y voy y le doy, faltaría más, su maldita bandeja.*

*-Obrigada, senhor –me dice.*

*Pasados unos minutos, cuando Ayné todavía no ha regresado, se aparece del fondo del avión un tipo con uniforme, que lleva unas alas doradas desplegadas en la solapa. El tipo, esbelto y casi elegante, de nítidas facciones y grandes cejas, sigue de largo unos pasos, se gira a medias y me mira, pienso, y me vuelve a mirar desde más lejos, con visible desconfianza y quizá con desagrado. Acaso prevé inconvenientes, calcula las medidas a tomar.*

*El avión ya empieza a carretear, hacia la pista de velocidad, cuando Ayné reaparece y se para en el pasillo frente a mí, con la bandeja sobre las manos. En la bandeja forman fila las 6 botellitas, 3 y 3, todas iguales.*

*Con la bandeja en las manos todavía, de pie, mirándome, Ayné se muerde, con fuerza, el labio de abajo. Parece un poco trémula, más pálida, asustada quizá o avergonzada, me digo, como si el whisky se lo fuera a beber ella. No le doy tiempo a inclinarse para colocar la bandeja en el soporte que tengo adelante, sino que prefiero anticiparme. Con suma delicadeza, con toda la delicadeza de la que soy capaz, con más delicadeza, en todo caso, de la que ella hubiera esperado, con tanta, por comparencia, que hasta la aturde un poco y le provoca un repetido parpadeo, recojo de sus manos la bandeja.*

*-Es usted un ángel, señorita –le digo, ya reclinado de nuevo en mi asiento, con Maigret en una mano y la bandeja equilibrística en la otra-. ¿Cuánto tengo que abonarle?*

*Dejo la bandeja en el soporte y busco tus bienaventurados dólares en el bolsillo del gabán; los saco; los 200 en su entera magnitud, todo mi universal capital.*

*Ayné me observa, presumo, bastante intrigada y a medias confundida, tal vez porque sus previsiones, desagradables sin duda, no se han cumplido, por lo menos hasta ahora, o porque no termina de creerse que me vaya a beber, todas enteras, las 6 breves raciones de whisky que me ha traído.*

*-Hay tiempo, senhor –me dice.*

*Destapo la 1ª botellita y le doy un beso aleve que la deja seca, yerta, inútil. Ayné me mira todavía cuando me vuelvo a enfrascar, con Maigret, en la turbia duermevela de París entre las guerras. Maigret bebe pernod, interroga porteras y aguarda, con su pipa, callado, enfurruñado y enorme, en diferentes zaguanes y bajo la llovizna fría de las esquinas.*

*Ya sobre los Andes, a las 3 horas y media de vuelo, liquido la última de las 6 pusilánimes medidas de scotch y también cierro a Maigret por el punto final. Maigret está en cama, con fiebre, y llueve gris en París.*

*Yo reduzco al portafolios el libro terminado, y de una bolsa que cuelga del respaldo frente a mí saco un bloc de hojas de carta, que trae adjunta una preciosa birome de 3 caras, azul, con una triple inscripción de color dorado que dice: Transportes Aereos Portugueses.*

*El whisky me ha puesto triste, corazón.*

*Le empiezo una carta a Isabel, mi dulce mujer legal, con la idea de mandársela desde São Paulo, junto con ésta a vos, si es que en São Paulo venden sellos y hay buzón.*

*Me siento triste por todo, Marisa, y sobre todo por vos. Montevideo kaputt bajo botas claveteadas, Isabel que dará a luz a mi tercer hijo cuando yo esté ni sé en dónde, y vos, me pregunto, princesa, ¿en brazos de quién?*

*Triste, pues, por vos, por Isabel, por mí, por todo, por el hijo aún no nacido y la ciudad pisoteada, sembrada de coroneles, nada más lógico, pienso, que recurrir al champagne, si es que hay a bordo.*

*De modo que voy y llamo, no a Ayné en esta ocasión ni ya nunca, me digo, sino a otra muchachita bien distinta, una rubia de ojos claros con carita de muñeca, como le diría Gardel, juguetona y pizpireta. Una nena de aire fácil, Marisa, como vos, un suponer; es claro, rectifico, me apresuro, que sin tu clase, princesa, sin tu estampa ni siquiera tu cachet de niña bien.*

*La rubiecita, cuando la llamo, se acerca en seguida, solícita y dócil, sonriente, y observa, entre curiosa y divertida, las 6 botellitas vacías que he alineado en la bandeja.*

*-Por supuesto que hay champagne –me asegura-. ¿De cuál marca tú lo quieres?*

*-De la que a vos te parezca, princesa –le digo-, y en botella de verdad, de ser posible.*

*-¿Grande, quieres decir? Oy, es claro.*

*Se estira, la muñequita rubia, para recoger la bandeja del soporte frente a mí, y es mi costado angélico y lunar, no soy yo mismo, el que le acierta con una suave palmada en el trasero. Ella suelta una exclamación más teatral que sorprendida, en seguida una risita y se endereza, pero con tanta gravidez, Marisa, tal lentitud, que mucho me temo que de lo que se trata es de darme y concederme todo el tiempo del mundo para análisis y exploraciones; de haber querido, me digo, me la hubiera podido aprender de memoria, corazón.*

*-Uh, uh –dice la muñequita al enderezarse, al fin, del todo.*

*Se tambalea un poco, me mira entre las largas pestañas semiabatidas y no tarda ni un minuto en volver con mi champagne, una honrada y sensata botella de 3 cuartos de litro de Möet et Chandon, además bien frappé.*

*Qué otra cosa mejor se le puede pedir a este sórdido, penoso y sufriente mundo humano, quisiera saber.*

*Pienso que no hay caso, que los portugueses son un pueblo antiguo y pobre, y por lo tanto cordiales y nobles.*

*Con la lengua laboriosa que le asoma, la muñequita rubia pugna por arrancar, de la botella, el papel de plomo con el que viene envuelto el corcho.*

*-Te vas a quedar sin uñas, criatura –le digo-. Dame aquí.*

*Ya me he percatado, por el rabillo del ojo, como dicen las novelas (mal) traducidas de Balzac, que Ayné nos observa, desde hace unos instantes, por mi espalda, quietecita en el pasillo, a unas 3 o 4 filas de distancia. Así que, visto el caso, opto por el rol del cavernícola, que tan bien se amolda con mi fisonomía en general. Con un brusco giro, pues, de la muñeca, arranco de un tirón enérgico alambres y papel de plomo junto con el corcho, que hace pof –y el generoso Mœt me espumarajea entre los dedos.*

*Siempre seré, Marisa, un maldito tarambana y fanfarrón, como vos bien sabés y proclamás, según decís, para tu delicia y tu condenación.*

*La muñeca pelo rubio, allí, sobre las cumbres nevadas, hace mohines y aplaude.*

*-Uh uh –dice-. Cuánta fuerza tú tienes.*

*-Soy un enérgico botarate, princesa –le digo.*

*-Uh, sí –me asegura, con un enfático asentimiento.*

*El champagne se ha derramado de los dedos a la manga y la espuma me chorrea el pantalón. La rubia, con la botella, no se ha olvidado la copa, que yo he llenado y le ofrezco.*

*-No tenemos permisión –me dice ella, con aire de lamentarlo.*

*-Entonces salud, princesa.*

*-Uh, uh.*

*Vacíó la botella de champagne poco antes de aterrizar en Santiago, rubrico la carta para Isabel y la doblo y la meto en un sobre alargado, con un monograma dorado de la compañía, que dice TAP. En el sobre, con prolija letra legible, pongo el nombre y la dirección de la destinataria, cierro el sobre con la lengua y apago el cigarrillo; ya se ha encendido el profuso letrerito precautor.*

*Escucho, sin oírla de verdad, una voz átona, masculina, que menciona grados Fahrenheit y centígrados y no sé qué corno más, y unos minutos después, ya inmóvil y en tierra el aparato, estoy absorto en esa nada gris de los aeropuertos, por la ventanilla, sin ver ni el menor distingo entre el Chile socialista y la Argentina preperonista que he dejado hace unas horas. Tengo un Perry Mason, de los que me regalaste, abierto y boca abajo en una rodilla, sin poder fumar y ya sin ganas siquiera de beber, sin ganas tampoco de leer, nada. Pienso en vos,*

*Marisa, con oscura y prohibida devoción. Me arranca de tu piel una voz tímida, quebradiza, de cristal:*

*-¿Me permites, por favor?*

*Es Ayné, Marisa, le acertás.*

*Es Ayné que me mira, desde el pasillo, ahí al lado, con una especie de precaria, desdibujada malicia, y una cierta flagrante ansiedad, una temeridad de kamikaze mujer.*

*La audacia de los tímidos, corazón, es algo que vos no conocés, que tal vez ni entenderás. Yo era muy tímido cuando niño, como vos bien te acordás, y a menudo me pregunto si en el fondo no seré, todavía, un tímido incurable, nada más que la hipertrofia de aquel niño asustadizo y solitario que vos llamabas a tu cama por la noche para que el miedo no le minara el sueño. Es posible que todas mis compadradadas y fanfarronadas, que todo mi despliegue y mis desplantes de soberbia y prepotencia, mi atolondrado ritual de cada día, borracheras, broncas y mujeres, no sean más, en realidad, que una desmesura, por contraste, de mi propia y enfermiza timidez.*

*-¿Puedo? –pregunta Ayné.*

*Con un repentino gesto decidido, que le afila las facciones, Ayné se deposita en el asiento del lado del pasillo, dejando otro asiento libre entre ella y yo, que es donde he puesto el bloc de papel de carta con el sobre encima, para Isabel.*

*-¿Una novia?*

*-Mi mujer, señorita. Legítima y bendecida.*

*-Ah –dice Ayné, como si no se lo hubiera esperado-. Mira tú –añade-. ¿Quién diría?*

*Vacila un poco, se mordisquea el labio de abajo, que sujeta y empuja con un dedo, y se vuelve a sonrojar. El suave arrebol le asciende desde el cuello y le trepa hasta los pómulos; y ahora no es producto de la rabia, sino, ahora sí, del pudor; es conciencia de su audacia.*

*Me gusta la muchacha, Marisa, corazón.*

*-Me llamo Ayné –me dice-. Ayné Ribeiro. Tengo un novio, en Portugal, que se quiere casar conmigo, pero yo no creo que me quiera casar con él. Ni con él ni con nadie, nunca –sacude la cabeza- Nunca -repite-. ¿Tú cómo te llamas?*

*-Diego, princesa –le digo-. Diego Balcárcel.*

*-Yo no debería estar aquí, Diego.*

*-No te voy a obligar a que te quedes, Ayné.*

*-El sobrecargo piensa que estás borracho, ¿sabes?, y teme que armes jaleo.*

*-¿No será más bien que se lo dijo un pajarito, Ayné?*

*-Bueno –Ayné sonríe, liberada de algo, más suelta y desenvuelta, relajada casi-. En cierto sentido sí –se ríe-. Sí –repite-. Cuando me vio con todas aquellas botellas es lógico, me*



*preguntó a dónde las llevaba, de modo que se lo dije. Le dije no sé, me pareció –me mira con expresión traviesa- que podías ser un pasajero potencialmente difícil. Y encima después tú vas y coges a Roberta y le das un palmetazo allí donde tú sabes.*

*-¿Y de nuevo el pajarito se lo cuenta al sobrecargo, Ayné?*

*-No no. En este caso el sobrecargo se lo cuenta al pajarito. Por eso yo me acerco y los observo, porque ya a esas alturas no me parecía que tú fueras de esa clase. Tampoco me parecía, ni me parece, que estés borracho.*

*-No estoy borracho, Ayné.*

*-¿Con todo lo que has bebido? Cuesta creérselo, ¿sabes?*

*-Cuando se bebe por miedo resulta muy difícil emborracharse, Ayné. Y a mí volar me da miedo. He ahí la triste verdad.*

*-Pobrecinho –dice Ayné.*

*Su mano sube en el aire, entre los 2, y se acerca a mi cara como para tocarme, pero a 5 centímetros se detiene, se queda un instante suspendida y por último cae encogida.*

*-Tú -dice Ayné- eres de Buenos Aires, ¿no es cierto?*

*-No lo es, princesa –le contesto-. Soy de provincias.*

*-¿De dónde? –dice Ayné-. Déjame adivinar –me ataja-. ¿De Corrientes?*

*-No.*

*-De Entre Ríos, entonces.*

*-No.*

*-De Santa Fe. ¿De Santa Fe? ¿Sí?*

*-No del todo, princesa –le digo-. Soy de la Banda Oriental, en realidad. Tal vez no la conozcas.*

*-Sí –me dice-. El Uruguay, un uruguayo. ¿Y qué vas a hacer a Portugal, Diego? Porque vas a Portugal, ¿verdad?*

*-Voy a Lisboa, princesa.*

*-¿Ya has estado en Lisboa? –pregunta Ayné-. ¿La conoces? ¿Te quedarás? ¿Cuánto?*

*-Jamás la he pisado, Ayné. Tenía la remota esperanza de que tú me la enseñaras. En fin; no se puede tener todo en esta vida.*

*-No.*

*Ayné se pone de pie con rapidez, con la misma especie de urgencia con la que habla y anda. Poco a poco ha emergido de su sonriente y frágil desvalidez para recuperar su aire profesional (y por lo mismo algo patético) de dinamismo, resolución y eficacia.*

*En Asunción.*

*Miro por la ventanilla un largo y monótono edificio gris, de grandes ventanales en los que se refleja un sol rojizo, que ya empieza a declinar. Un tipo de la tripulación me acaba de comentar, con deferente sonrisa, que el general Stroessner está en el aeropuerto.*

*Mirá qué honor, corazón.*

*Al parecer, sin embargo, el general no ha venido al aeropuerto a rendir pleitesía al Chino Balcárcel, como hubiera sido de esperar, sino a presenciar, por motivos que sin duda son de echarse a temblar, las pruebas de vuelo de un avión de caza Harrier, nada menos, el famoso aparato inglés del que se advierte a lo lejos su negra y afilada silueta mortal.*

*La gente, ahí atrás, se ha desplazado en masa, si 15 son una masa, para contemplar el Harrier por las ventanillas de estribor. Como producen un cierto alboroto, yo me levanto de mi mullido y amplio sillón en la clase de lujo para ver qué diablos pasa con la plebe. Ya sabés cómo son las clases bajas, corazón, que se soliviantan y acaloran con la menor tontería, y entonces sudan y linchan.*

*En el pasillo, un tipo gordo con pinta de marinero holandés en pleno gozo de su jubilación, rubión, mofletudo y grandote, con la cara colorada y la barriga prominente por mor de la cerveza, la pipa apagada en la boca, se bambolea como si todavía estuviera en su barco, hace un montón de ademanes y habla con nadie en inglés.*

*El tipo habla del Harrier, corazón. Afirma que es la última e insuperable maravilla de la tecnología del viejo león británico, un aeroplano que despega y aterriza en vertical; lo ejemplifica con la mano, zuuum, que sube y baja y vuelve a subir. Un avión que alcanza una velocidad, dice, de más de dos mil quinientos kilómetros por hora; mach two, especifica, y es el primer avión, añade, capaz de mantenerse inmóvil en el aire.*

*El tipo parece un anuncio de radio, si es que algún día los aviones de guerra se anuncian por la radio, cosa que dudo pero no descarto.*

*-Sixty thousand feet high –exclama.*

*La Harrier, me preguntó, ¿le pagará? El tipo exuda orgullo, Marisa; ese estúpido orgullo patriótico, pequeño burgués, británico en este caso, inglés, aunque el tipo no parece inglés y dudo que lo sea, no sé por qué.*

*Me da la sensación, por lo demás, o acaso es el champagne, de que todo esto no es más que una engañifa: el publicista del Harrier, el Harrier, Stroessner, hasta yo mismo y Ayné y también Roberta, que observa a los amontonados viajeros con una tolerante displicencia profesional, hija de la costumbre, la rutina y el hartazgo. Luego se me acerca, eludiendo con un hábil recorte al charlatán.*

*-¿Qué has hecho tú a la Ayné? –me pregunta.*

*-No te preocupes, princesa –le contesto-. En São Paulo cambian la tripulación, bien lo sabés.*

*-En São Paulo, ya –me dice y se va, entre sonriente, enfadada y preocupada.*

*Yo acto seguido me vuelvo mansito a la clase de lujo, donde estoy a solas. Aquí reanudo mi abrazo epistolar con vos, milonguita.*

*Mi repentino trasvase social, mi inesperado ascenso de status se produce, te diré, a los 2 o 3 minutos apenas de haber despegado de Santiago. El avión, ganando altura, vuelve a enfilarse hacia las cumbres nevadas de los Andes.*

*Por allá abajo, pienso yo, es por donde se cae aquel avión militar, no hará ni un año, que lleva a bordo al equipo de rugby de los Lunáticos, y que será la tumba de tantas cosas; de mi muy larga amistad con Machaca Cilaurren, de la breve vida terrena de Negrito Morgan, de la cordura de su padre Juanjo y de la bucólica indiferencia con que los veinte apellidos privilegiados contemplaban, desde la simétrica atalaya del Barrio de la Luna y de Carrasco, los escombros del resto de la ciudad, la del populacho gris y amorfo, a bayoneta calada, todo malvón enfangado. La urdimbre de 3 o 4 generaciones de matrimonios y adulterios, corazón, de poco sirve cuando se tienen que comer unos a otros, hermanos, primos y sobrinos, como sucedió en los Andes.*

*Y vos, Marisa, y yo; también nosotros pertenecemos, nos guste o no –vos con tus millones, yo con mis vintenes-, a esa misma sangre caduca, arrogante, nihilista y perdularia, que ayer produjo a Jimmy Villanueva, suicida, como antiyer a Lalo Castro, alias el Malevo, que se murió de tristeza, y hoy a tu hermano Sigfrido, cuatro veces infectado de sífilis, que nace con el iris sin pigmento, los ojos sin color como aguavivas; taras de la endogamia, corazón. Vos misma y yo, tan impunes como nos hemos creído, somos reos los 2 de lesa sociedad, con contumacia y alevosía.*

*Todavía, salidos de Santiago, continúa en vigor en artero letrerito que me prohíbe fumar cuando Ayné se me acerca. Ha surgido de entre las cortinas floreadas que delimitan a la clase barata, allá hacia proa, y me sonríe al avanzar por el pasillo. Llega por fin junto a mí y se detiene, apoyada en el respaldo delante del mío, y me mira con ojos brillantes de malicia.*

*-Ven conmigo, uruguaio –me dice.*

*-¿A dónde, princesa? ¿Para qué?*

*-Vente conmigo –insiste Ayné-. Vamos, uruguaio. Sin preguntas.*

*La sigo, camino del morro, y paso tras ella al lado noble de la débil aunque estricta barrera de clases de donde la he visto salir.*

*Me he sentado cabe una ventanilla, donde me indica Ayné, del lado de babor. El asiento, casi confortable, se reclina obediente, aunque perezoso, a la caricia de Ayné a una palanca que trae al flanco; la trae el asiento, entenderás.*

*-¿Un puño, uruguaio?*

*Ayné me toca y recorre mi asendereada nariz con la pulpa de un dedo.*

*-Una barra de fierro, princesa, y la culata de un 38 de reglamento.*

*-¿Maridos ultrajados, uruguaio?*

*-Un fanático del basket ball y un policía psicópata –le digo-. Jamás me he peleado con el marido de nadie, Ayné. Nunca he tenido por qué.*

*-Me parece que mientes –canturrea Ayné-. ¿Whisky o champagne, uruguaio? ¿Qué prefieres?*

*-Te prefiero a ti, Ayné.*

*-Vuelvo luego –dice ella.*

*Nos avisan por los altavoces que llegaremos a São Paulo dentro de 15 minutos, y que la escala va a insumir 2 horas, ni más ni menos.*

*-El capitán Neto da Ranha y su tripulación se despiden de todos ustedes y les –dice una voz metálica y masculina por los altavoces.*

*Cae sobre São Paulo un anochecer de fuego, una infinita conflagración –millones de metros cúbicos de sangre entintan el poniente.*

*Hoy es el sábado 21 de abril, Marisa, y estoy en Madrid desde esta mañana. Estoy, de hecho, ahora, no en Madrid City concretamente, sino en un pueblo de la provincia, sobre la sierra, que se llama Cercedilla.*

*Son poco más de las 4 de la tarde y aquí la gente hace la siesta, corazón. Yo te escribo a vos.*

*Antes de tocar tierra en São Paulo Ayné se me acerca una vez más. Parece que no sólo está algo tensa sino también cansada. Un bosquejo de ojeras le puntúa de insomnios la carita juvenil, sin huellas todavía de la zarpa de la vida.*

*-Soy demasiado impulsiva, uruguaio –me dice-. Me complico la vida, ¿sabes?*

*Yo la miro nada más, sin decir nada.*

*-Me lo he vuelto a pensar, uruguaio –dice ella-. He llegado a la conclusión de que lo más sensato es que me quede en São Paulo con los demás.*

*-No te voy a secuestrar para impedírtelo, princesa –le digo-. Me vuelvo a mi sitio, pago por lo que he consumido y aquí no ha pasado nada.*

*-Tú no te mueves de aquí, ¿has entendido?*

*Ayné suelta, ya de pie, una patadita contra el suelo del avión.*

*Ya hemos aterrizado en São Paulo. Yo me digo, en el avión, me repito avión afuera, sentado en el autobús amarillo que nos conduce al sector de pasajeros en tránsito, que lo mejor será, sin duda, que Ayné se quede en São Paulo, junto con el resto de la tripulación. Igual ya entonces, Marisa, nena de mi vida, le hubiera apostado 3 maníes a cualquiera a que Ayné, muy pese a todo, terminará volando a Lisboa en mi compañía.*

*La sensatez, princesa, no es cualidad destacable, ya sabés, ni de la especie humana en general ni del sexo inteligente siquiera.*

*Así que, Marisa, mientras transcribo mis apuntes del vuelo para vos, en una habitación con una colcha no sé si peruana, boliviana o qué que cubre una extensa cama de 2 plazas, con la cercana y amistosa compañía de una botella de a litro de un cognac español paliducho, como pis de archiduquesa (pongámonos intelectuales, ¿por qué no?), y mucho más que potable, por cierto, que se llama Peinado, fijate vos, un bebestible tan bueno acaso como las más resonantes marcas francesas del ramo, a la hora del atardecer, encerrado en un silencio crepuscular que los primeros grillos puntúan y refuerzan, luego de una breve aunque bien ganada siesta, a 22 de abril ya, domingo, con una noche tan sólo que se intercala a partir de nuestro beso del postrer adiós, a bordo de otro avión que me llevará a mí a Madrid, siento como si Ayné hubiera sido una bruma, otro desvaído sueño.*

*En São Paulo cae una noche preñada de estrellas y con un gran mordisco a la luna, que tiene una imprecisa forma de amenaza; una tétrica forma de guadaña u hoz.*

*En la terminal, al fondo de una sala inmensa y luminosa se exhibe una foto gigantesca de Pelé, o melhor do mundo, que exhibe a su vez la sonrisa mais grande do mundo. Al lado de la foto hay un puesto en el que se expende café gratis, o melhor também. Una muchachita muy presta, muy activa y decorosa y solícita, y que supongo yo que será muy bonita, detalle en el cual, cosa rara, apenas si reparo, me ofrece un humeante y bienvenido vasito de café.*

*A lo lejos, del otro lado de unos largos ventanales, brillan las franjas de luz de las pistas, que tienen color de morgue.*

*Me trago el café caliente y tiro el vasito en la educada aunque bostezante papelera, no sin antes deshacerlo entre mis dedos, movido por no sé qué soterránea compulsión. Me voy a lavar los dedos pegoteados y estoy sobre una hilera de asépticos lavatorios y delante de un espejo segado que me devuelve la imagen, confiada y aparatosa, de aquel que ya no soy. Me fumo algún cigarrillo, me pateo minucioso las baldosas relucientes, romboidales, miro las revis-*

*tas que se agolpan en un kiosko, desde ciento trece idiomas, y recorro, con ojos cansados, la desolación de hormigón, cristal y acero del aeropuerto.*

*Desde lo más remoto de la sala, al rato, viene Ayné. La veo pasar por debajo de sucesivos paneles de gran formato que anuncian itinerarios a todas partes del mundo y al Japón. Ayné se ha quitado el uniforme y se ha vestido de color crema. Filas de caras se giran a mirarla, y un negro de overall suspende un escobillón a medio viaje para silbar y revolear los ojos. Se parece bastante, ahora que caigo, a Pelé.*

*Todo el océano, Marisa, corazón.*

*No te voy a transcribir, sería excesivo, lo que hablamos con Ayné sobre el océano. La besaré, palabra, una vez nada más, ligeramente, entre burbujas de champagne. Un largo rato me durará el sabor a rocío y mentol de sus labios. Ah lo cursi, corazón –florecerán malvones en todos los balcones.*

*Ayné, pienso hoy, es una mujer que se casará, tendrá sus hijos y serán legítimos, nada de romances de week end. Yo no soy peligroso y ella lo sabía. Nunca nunca nunca son palabras. Me la acometen los 25 y se zambulle de blanco y azahares en la primera iglesia.*

*Divertite mientras tanto, milonguita, les aconseja Gardel.*

*Son poco más de las 3 de la madrugada del ya lunes 23, en Cercedilla. Esta noche nos hemos ido al cine, con otra gente, a la última función, y mañana por la mañana, cumplido el desayuno, la emprendemos a Madrid.*

*Lo noticiable, corazón, como dicen los belilunes del llamado nuevo (viejísimos) periodismo, es que venimos de ver un spaghetti western que protagoniza un tipo de nombre Richard Forresthal, que sin duda de nada te suena, como de nada me sonaba a mí. En la Calle Mayor de Cercedilla, que los lugareños todavía se resisten a llamar Avenida del Generalísimo, según se hace constar por placas en cada esquina, hay un retrato, a las puertas del cine, del tal Richard Forresthal, penúltimo émulo del celeberrimo Clint Eastwood. No es un retrato cualquiera, sino una enorme pintura, de 4 metros por 2, que ocupa una pared entera. Al verlo, la noche del sábado, mediado mi primer paseo en compañía por el pueblo, por poco me caigo de culo, corazón.*

*¿Por qué?*

*Porque, Marisa, te lo creas vos o no, Richard Forresthal no es otro que Dickie Forteza, con 10 o 12 años más y vestido de cow boy. El vecino de al lado, como quien dice, transcendido en una especie de réplica napolitana de John Wayne, y no tan tan tan menor como era de suponer, Marisa, ni mucho menos. El film se llama “Tres tumbas vacías”, te lo digo por las dudas. Si la encontrás por algún sitio no te la pierdas, corazón.*

*Desde Madrid, por la noche.*

*Repaso, querida Marisa, y procuro rehacer, lo mejor que se pueda, todo un mosaico de apuntes que he tomado para vos en estos primeros días de mi inescrutable aventura europea, desde que llego a Lisboa el miércoles pasado y sobre todo desde que me largo de Lisboa el sábado, antes de ayer.*

*Las dimensiones de la promesa que me has arrancado, a lo que hay que sumarle, además, mi nula capacidad para la síntesis, me hace pensar que apenas si voy a tener tiempo para nada que no sea escribirte, de modo que habrá de llegar el punto en que nada tendré para contarte. Lo cual haría del mío, como dice Borges, un destino orbicular y perfecto, corazón.*

*Paradojas y parábolas al margen, el informe del vuelo, que ya te he remitido, lo terminé la madrugada del lunes, en Cercedilla, después de algunos días en Lisboa bastante movidos, a decir verdad, y que omitiré. Tan sólo te diré que en el aeropuerto lisboeta, y contra todos mis cálculos e informes, me esperaba Lauracha Grey, con una pequeña comitiva. ¿Y sabés lo primero que le dice a Ayné?*

*-Donde está Diego –le dice- siempre pasan cosas.*

*Se lo dice, además, con ese tonito así, de suficiencia y condescendiente, como si Ayné fuera una cosa que pasa.*

[Comprar el libro](#)

---

[Comprar el libro en Amazon](#)

---

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](http://alvarocastillo.net)